

Charles Baudelaire: una primera mirada sobre la modernidad

Ramón Suárez Mardones

Ex-Profesor de los Departamentos de Literatura y de Lingüística
Universidad de Chile

Se trata en este trabajo de aprehender características esenciales de la Modernidad en el arte, partiendo de premisas establecidas hace ya siglo y medio por el autor de *Le Fleurs du mal*. Este observa su tiempo y desprende las grandes corrientes que lo definen y cómo se proyectan hacia el futuro inmediato.

Modernidad. Postmodernidad. En un principio las características de estos dos modos de ver, sentir y unir la realidad parecieron claras. Ahora, a fuerza de compendios eruditos y utilización de los términos en los ámbitos más insospechados, las cosas parecen estar nuevamente confusas. Una solución: dentro de los límites de un artículo, preguntar qué es lo moderno al primero que usó consciente y plenamente el término: Charles Baudelaire. Y el texto interrogado es el *Salón de 1846*, ubicado en los escritos de Crítica Artística del autor; más específicamente su capítulo dieciocho.

El título solo de este capítulo —*De l'héroïsme de la vie moderne*— da a entender que hay una mayoría que piensa que esa vida moderna, la de la Monarquía de Julio y el Rey Ciudadano, está absolutamente carente de ese valor. Pero él existe. El poeta lo demostrará.

En primer lugar, Baudelaire descubre que ya los pintores no pueden representar los temas consagrados del pasado. Algo les ata las manos. Los puntos de referencia se han perdido, una tradición se desdibujó —efecto de Revolución e Imperio conjugados—; sólo queda o buscar perezosamente recrear los fragmentos de esa tradición o, y aquí está lo importante, crear una tradición nueva. Entendamos, por muy revolucionario que el artista se sienta, por grande

que sea su individualismo, es solidario de una cadena de esfuerzos que vienen de lo más lejos —cronología— y de lo más profundo —pulsiones inconscientes—. Es lo que tematizan las últimas estrofas del poema sexto de *Les Fleurs de mal*, *Les Phares*, con su inminente llamado a establecer los fundamentos de una dignidad humana a través del arte. Fundamentos contruidos por arquitectos señeros que se destacan de la masa de las generaciones: Leonardo Da Vinci, Rembrandt, Miguel Angel, Puget, Watteau, Goya, Delacroix.

*C'est un cri répété par mille sentinelles,
Un ordre renvoyé par mille porte-voix;
C'est un phare allumé sur mille citadelles,
Un appel de chasseurs perdus dans les grands bois!
Car c'est vraiment, Seigneur, le meilleur témoignage
Que nous puissions donner de notre dignité
Que cet ardent sanglot qui roule d'âge en âge
Et vient mourir au bord de votre éternité! (1)*

La dignidad se conquista a través del acre sufrimiento —*ardent sanglot*—, constante en la condición humana. Y si Baudelaire invoca al Señor es para mejor marcar una distancia, un abismo sin puente que se está produciendo entre la Divinidad y el hombre. El heroísmo de la vida moderna es crear una tradición nueva. Es solicitar la voz más noble o más alta de nosotros mismos; fundar con ella, en esfuerzos tenaces, una dignidad: vivir ante los ojos de la Divinidad, pero ya no comprometidos con ella. Distanciados los artistas, los modernos, y, digámoslo, en estado de latente rebelión.

Baudelaire reflexiona, a continuación, acerca de lo que atraía en los artistas de la vida antigua. Era, en una palabra, su aspecto ceremonial, teatral. Vida hecha *pour le plaisir des yeux*, pues, en sus crisis y en sus calmas esa vida era seria, majestuosa o violenta. En una palabra, era un drama constante, donde alternaban o se mezclaban lo sublime y lo más bajo, la ambición y la humildad; donde nacía, brotaba el ejemplo que provocaba en torno suyo unanimidad.

Y el poeta postula que esta vida moderna de 1846 tiene, piénsese lo que se piense, su lado *épique*, sus *motifs sublimes*. Más aún, afirma cual ley general que todo siglo tiene, inevitablemente, su belleza. Y el siglo XIX tiene, pues, la suya, que hay que descubrir. Ciertamente, decimos nosotros, esta belleza es variable en su calificación, y hace la diversidad estética de los siglos. Así el Renacimiento con su belleza convulsiva, violentamente sombría o esplendorosa como no ha habido luz después. el Barroco, con su esfuerzo de ordenación de un caos figurativo y pasional; ordenación tensa y a punto de explotar. El Rococó, con sus insidiosas trivialidades, sus sofismas, su gusto por sutilezas, su ceño oculto de absoluto e infinito que un estado de cosas no le permite vivir plenamente.

Sigamos con Baudelaire. Distingue: cada belleza contiene en sí algo de eterno y de transitorio, de absoluto y de particular. Lo particular se indentifica con lo pasional. Y el siglo XIX tiene sus *passions particulières*, por tanto su belleza.

El poeta francés, para ejemplificar, busca un punto extremo. El suicidio en la vida y en el arte. Los antiguos tenían *otras* razones para suicidarse: un padecimiento físico sobrehumano, dolor por la patria, gran desgracia política. El suicida del siglo XIX tiene, en cambio, otras motivaciones. Esos ejemplos antiguos le son extraños. Los hay ahora quienes se suicidan pensando en una encarnación futura mejor que la presente; en un mejor habitáculo para su alma. sin duda, Baudelaire piensa en más de un poeta romántico con esas tendencias o acto cumplido. Lo hará Nerval, diez años más tarde. También, en el siglo XIX, la gente se suicida por desesperación ante la ramplonería, o por lo insoportable que se torna el acoso de lo sobrenatural, y sobrenatural demoníaco, en la persona. Nada de esto tiene la tradición antigua.

Y este hombre moderno tiene también un hábito. Y ese hábito, por extraño que parezca, denota un nuevo heroísmo. En la época de Baudelaire, los hombres visten de negro; expresión no de una trivialidad sino de un sufrimiento uniforme, colectivo, atroz, irremediable. Un color negro resultante de esfuerzos políticos de igualdad. Un color negro que niega la felicidad de esa igualdad, mostrando el rostro de desolación que ésta lleva desde 1789. la sociedad de 1846 es una sociedad de espectros, *un inmenso desfile de sepultureros, sepultureros políticos, sepultureros sentimentales, sepultureros burgueses*. Y nosotros celebramos todos algún entierro.

La modernidad se constituye entonces en el sufrimiento —*sanglot*—; lo expresa, dolorido, pues ese sufrimiento es por el paraíso que se perdió, por aquello caro, grato, vivaz a lo cual cada uno renunció; inmenso fracaso socio-político, inmenso fracaso pasional que unas pocas voces transmutarán por la vía del arte en nuevo oro (Víctor Hugo, Baudelaire, los poetas simbolistas). Un oro sombrío, no para deleite de tocados, sino semi-oculto en las trastiendas de los artistas-alquimistas. Viene un nuevo hurgar con frenesí diverso, en la materia de lo misterioso (Lautréamont, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, y, antes que ellos, Nerval). Una nueva sed de revelación, de descubrimiento metafísico se apodera de algunos espíritus, en medio de ese masivo desfile mortuorio. Y esos espíritus conllevan también las maldiciones generales, como la enfermedad de Venus.

El modo como Baudelaire describe las posibles libertades vestimentarias adquiere un tono religioso. Los pliegues nuevos en el corte, que el dandy, solo él, se permite, son *grimacants-gesticulantes*, asimilados a "serpientes en torno de una carne mortificada". Imagen de sufrimientos provocados por seres, entidades malignas y tenaces, en su cruel labor, en su cruel placer. La Antigüedad ignoró la tentación de las fuerzas del mal. las vivió sin nombrarlas. Ahora, el héroe moderno tiene una hiperconciencia de su existencia, residuos de un cris-

tianismo que ha perdido, a los ojos de los contemporáneos, vigor y poder, rutinizándose. El mal invade la vida moderna, la ciudad moderna, empezando por el vestuario mismo. Y ese mal hay que *decirlo*.

Todo esto da un carácter "privado" más que público al nuevo heroísmo. Angustias, enfermedades, ansias que se esconden, de las que un lienzo, una hoja de papel son las confidentes; angustias de las que el gran público conoce los efectos, tan sólo los efectos. Así, se verifica una resignación a la negrura colectiva, un dandysmo rebelde en el matiz, un suicidio en la vida y en la forma artística. Lo que queda: una obra, un conjunto de escrituras, de signos de igual valor.

Ahora, Baudelaire escruta en torno suyo: la ciudad. Ahí está el gran lugar, el gran tema del modernismo.

La vida parisina es fecunda en asuntos poéticos y maravillosos. Lo maravilloso nos rodea y nos abreva como la atmósfera; pero nosotros no lo vemos.

Serán esos artistas los espíritus que, dentro de la negrura general, dirán esas maravillas —que no hay confundir con cuentos de hadas, como el mismo Baudelaire nos provee ejemplos. Gracias a esos espíritus, el siglo XIX recupera mucho de esa *belleza convulsiva* del Renacimiento. Lo maravilloso ligado a lo pasional se encuentra en el mundo del crimen, de la crónica roja, del dinero como objeto de especulación. Los nuevos paradigmas son Vautrin. Rastignac y Birotteau, héroes de Balzac; el mismo Balzac, al que Baudelaire celebra en breve ditirambo: personajes entre sus personajes. Nosotros pensemos en Stendhal, en el Hugo de *Le dernier jour d'un condamné* y *Chatiments*, en *Madame Bovary* de Flaubert. Por todas partes, pasión, ansias metafísicas, crimen. Y el artista poetiza todo ello. Lo concentra, intensifica, expresa en una forma que debe a las antiguas formas siendo *toda otra*, así como Baudelaire da el ejemplo del *desnudo*, distinto al antiguo, pues distintos son los lechos, baños, anfiteatros, lugares imprevisibles, donde él se exhibe.

Tal es el primer esbozo dado de la Modernidad, por la ensoñación temprana de un ilustre poeta francés. nada contradice lo que vendrá después, en Francia, Europa, América. Una carrera, una sucesión de explosiones que durarán poco más de un siglo desde que estas líneas fueron escritas.

- (1) *Es un grito repetido por mil centinelas,
Una orden remitida por mil portavoces;
Es un faro encendido sobre mil ciudadelas;
¡Un llamado de cazadores perdidos en el gran bosque!*

*Pues es verdaderamente, Señor, el mejor testimonio
Que podemos dar de nuestra dignidad,
Ese ardiente sollozo que rueda de tiempo en tiempo
¡Y que viene a morir en la orilla de vuestra eternidad!*